

¿Podía como Obispo faltar á sus juramentos? ¿Debía como patriota permitir que se ajara su propia dignidad y se hollara la soberanía nacional? ¿Le convenía como monarquista dar un paso que aislaría al recién nacido Imperio y lo haría evidentemente desmoronarse? Pudo entonces dudarse de su prudencia, de su desinterés, de su tacto; pero la historia, sin dejar transcurrir largo plazo, ha fallado en su favor, y lo ha proclamado heroico, previsor y consecuente consigo mismo y sus principios, al oponerse al César francés y al caudillo de sus legiones; al separarse de sus menos dignos colegas; al declarar que jamás sancionará el despojo de la Iglesia; que no creará dificultades al recién nacido monarca; que á éste y al Sumo Pontífice atañe la resolución de las cuestiones religiosas, que en mal hora ha suscitado el gobierno provisional.

¡Cuán grande me parece en el momento en que voluntariamente se deja despojar de sus insignias de mando y privar de la guardia de honor que lo escoltaba en su Palacio! Pero ¡cuán doloroso debe ser para su alma, el ver sancionados los principios anti-religiosos por los mismos que habían sido llamados á proteger á la Religión y á quienes se había unido el Prelado! Con razón decía en amargo tono á sus colegas en la

Regencia y al caudillo francés: “Si á este punto habíamos de llegar, habrían podido ahorrarse al erario de Francia los millones invertidos en la guerra; á la nación francesa la vida de sus ilustres hijos; á los mexicanos honrados los golpes sensibles que sobre ellos se descargaron; á los fieles el indecible tormento de ver burladas sus esperanzas, y á los Pastores la pena y vilipendio de volver de su destierro, bajo la salvaguardia de este nuevo orden de cosas, á presenciar la legitimación del despojo de sus iglesias y la sanción de los principios revolucionarios.”

Aquí termina, gloriosa aunque tristemente, la carrera política del Illmo. Sr. Labastida. Decidme, con la historia en la mano, ¿hubo uno solo de los Arzobispos-Virreyes que se encontrara en situación tan difícil y tuviera que desplegar tan altas cualidades? Aunque á nombre del monarca español, ejercieron aquellos poder realmente soberano, sin oposición digna de nota de parte de las otras autoridades, todas subordinadas á su jefe, todas profesando los mismos principios, todas interesadas en la prosperidad de la patria común. Aun el Obispo de Puebla, regente al declararse la independencia, contaba, para vencer las dificultades de la situación, con la íntima amistad del generalísimo Iturbide, y con el influjo decidido que sobre éste ejercía.



No así el Arzobispo Labastida. Miradlo solo luchando en un mar borrascoso, no sólo contra las olas y los vientos, sino contra la chusma que tripula su insegura barquilla, contra el que maneja el mal ajustado timón, y los que con él dividen el mando. Ved qué conflicto tremendo desgarrá aquella alma tan grande. En un instante tiene que decidir cuestiones de alta trascendencia, no sólo para la Iglesia de México, sino para la Iglesia universal. Todos le dicen que callar es prudencia. Él, en tiempos futuros, mostrará al mundo que sabe callar, así como ha sabido combatir; pero ahora responde, con las palabras y con los hechos, que el silencio sería *debilidad*. Le dicen que oponerse solo é inerte al poder y la voluntad de la Francia vencedora, es temeridad: él demuestra que no es sino valor cristiano, que no es más que la santa audacia de los mártires. Le dicen, por último, que con la resistencia destruye su propia obra y echa á pique la monarquía: él replica, y la historia confirmará su sentencia, que sus débiles colegas y el malaconsejado general francés, echándose en brazos de sus irreconciliables enemigos, son los que matan el imperio en el momento de nacer.

Una esperanza queda al desengañado Arzobispo. Ha escuchado palabras lisonjeras del Ar-

chiduque Maximiliano, y no duda que las cumplirá cuando venga á regir como Emperador los destinos de México, y con el prestigio de su alta descendencia pueda poner coto á los desmanes del caudillo francés y á las pretensiones de Napoleón. Aunque nadie piensa ya en mandar al destituido Regente á conducir desde Europa al nuevo Soberano, desde aquí observa sus pasos, y ve que el espíritu religioso norma sus acciones. De la capilla del Palacio de Miramar lo ve volar al Vaticano y arrodillarse á los piés del Pontífice; y antes que recibirlo en su nueva capital, hay que ir á encontrarlo en la Basílica de Guadalupe, donde, invocando á la patrona de los mexicanos, quiere inaugurar su reinado.

Sí: aún hay esperanzas. Es imposible que el Emperador deje de escuchar los consejos de uno á quien debe la corona. Aunque no se den al Arzobispo cargos civiles, su posición jerárquica lo hará ocupar sin duda el cargo de Capellán Mayor de la Corte; los Estatutos de la orden de Guadalupe lo designan para el de Gran Canciller de la misma; el nombramiento de Nuncio recaerá de seguro sobre *persona grata* al Emperador, *gratisima* al Arzobispo; y el influjo de éste sobre el enviado de Roma, coadyuvará á reparar los males hasta aquí causados, y á reanudar los rotos vínculos entre la Iglesia y el Estado.



¿Á qué recordaros, señores, que todas fueron ilusiones que se disiparon como el humo? Á qué renovar dolores pasados, enumerando los desaires personales que llovían sobre el desgraciado Arzobispo; los golpes que se asestaban continuamente á la Iglesia; la guerra que el Emperador declaró al Prelado Mexicano? Fortuna que, como antes he dicho, se había aprovechado la Santa Sede de la independencia entre la Iglesia y el Estado declarada por el Presidente Juárez, para nombrar, entre otros dignatarios, al Arzobispo de México, antes del advenimiento del Emperador, y sin contar con las potestades seculares. Esto dió al Illmo. Sr. Labastida una fuerza y un prestigio que no tiene jamás el Prelado que debe su dignidad al favor humano ó las intrigas de corte, é hizo que se despuntaran contra su pecho las saetas del Emperador.

Entretanto, alejado de la política y del Palacio Imperial, se consagra exclusivamente el Arzobispo á su ministerio pastoral. ¡Cuánto me agrada escucharlo todos los días festivos en la parroquia del Sagrario, distribuyendo personalmente á sus diocesanos el pan de la palabra de Dios! En el Edicto que publica antes de su visita á la Arquidiócesi, provee admirablemente á las necesidades de los pueblos y entra en los pormenores más minuciosos relativos á la liti-

gia sagrada. Sin mirar á la inclemencia de las estaciones, á la inseguridad de los caminos, á los peligros que corre su persona y á los obstáculos que le ponen amigos y enemigos, busca á sus ovejas por montes y por valles: y al mismo tiempo que, cual otro Toribio de Mogrovejo, administra la confirmación á centenares de millares, predica con frecuencia en aldeas y ciudades, y acude todos los días al confesonario á curar las dolencias espirituales y á escuchar las quejas que sobre asuntos temporales le dirigen los fieles.

¡Celoso Pastor! De poco servirán tu vigilancia, tu piedad, tus sudores. Lo que predijiste á tus colegas en la Regencia y al General Francés, ha empezado ya á realizarse. Sin haber ganado á sus adversarios; habiendo alejado á sus amigos; abandonado de sus aliados; sin la protección que esperaba de las Cortes de Europa, sin el apoyo de la Iglesia que ha perseguido, el Monarca se encuentra aislado, y es inevitable su ruina. En tan amarga situación, vuelve de nuevo los ojos á la Santa Sede, y ésta ordena al Arzobispo de México, que en unión de los demás Prelados de la Iglesia Mexicana, forme un proyecto de concordato sobre bases generosas, sí, pero admisibles por la Curia Romana. Los que tachabais de intransigente al Ar-



zobispo Labastida; los que atribuíais á su obstinación el desprestigio del Gobierno Imperial, los que lo juzgabais el único obstáculo á la consolidación de la Monarquía, venid ahora y ved á cuánto se plega, y cuánto concede, y á cuánto se amolda ¡Oh! Si estos arreglos se hubieran emprendido desde el principio; si estas negociaciones se hubieran entablado antes de los pasos precipitados de la Regencia y el Emperador, cuánto llanto, cuánto luto, cuánta desolación se habría ahorrado á México! Ahora ya es tarde. La ruina definitiva de la Monarquía es inminente. Los que, á despecho de los consejos del previsor Arzobispo, creasteis la anómala situación que os ha conducido al abismo, quedaos á perecer con vuestro malaconsejado soberano, y á sufrir con valor las consecuencias de vuestros errores. En cuanto á tí, ¡oh Prelado! tu deber como Pastor es conservarte para tu grey, y gobernarla de cerca ó de lejos, defendiéndola de los lobos carniceros que no han cesado de asaltarla. Como político, ningún deber te incumbe de arriesgar tu vida por el ingrato príncipe que desoyó tus consejos, que te alejó de su lado, que te persiguió y humilló, y te borró del catálogo de sus partidarios. Sálvate, sálvate con oportuna retirada.

V

¿Quién podrá olvidar la mañana del 5 de Febrero de 1867? Paréceme aún ver desfilar las tropas francesas frente á los cerrados balcones del Palacio Imperial, y á su Jefe solicitar en vano siquiera una mirada de despedida del ofendido Emperador. Aún recuerdo el sentimiento, si no de gozo, por lo menos de consuelo y de alivio, que su partida definitiva causó en los ánimos aun de los más adictos á la monarquía. Al ver marchar rumbo á Francia aquellas huestes que sólo habían venido á empeorar la situación de todos los partidos, resonaban involuntariamente en los oídos de los espectadores las célebres palabras de Paulo IV, que acababa de repetir y aplicar á su caudillo en memorable asamblea, un insigne literato: "Idos. Habéis hecho muy poco por vuestro soberano; menos aún por la Iglesia: nada, absolutamente nada, por vuestra honra."

Casi al mismo tiempo emigraba nuestro lamentado Arzobispo. Emigraba, sí. En un documento que vió entonces la luz, se afirmaba



que iba llamado por el Sumo Pontífice á asistir á la celebración del Centenario del martirio de San Pedro, y á la apoteosis de los Mártires Gorcomienses. Otro tanto repitieron sus biógrafos en la solemnidad de su jubileo sacerdotal, sin pensar que le hacían un disfavor suponiendo que, sin otro motivo, abandonaba su diócesi en momentos tan críticos para el trono y el altar. Más me place decir la verdad entera, ante esa tumba, y afirmar con San Atanasio, que el substraerse á las persecuciones de sus enemigos y el evitar caer en sus manos, no arguye en modo alguno flaqueza ó cobardía. ¿No huyeron, diré con este Padre, Jacob, y Moisés, y David? ¿No se descolgó Pablo en una cesta de los muros de Damasco? ¿No siguió Pedro al ángel que rompió sus cadenas y los cerrojos de la prisión? ¿No se escondió Cristo mismo repetidas veces? Pero cuando fué preciso se presentaron todos á sufrir la muerte y dieron pruebas de inquebrantable fortaleza. No temamos, pues, confesar que el Illmo. Sr. Labastida se substraigo á las asechanzas de sus enemigos, y se conservó para su grey, con una prudente retirada.

En Roma encontró de nuevo á su amigo el Arzobispo Munguía, desterrado con disimulo hacía dos años por el gobierno imperial; y em-

pezaron juntos de nuevo la vida, no diré de proscritos, pero sí de emigrados. ¡Cuán diferente era este destierro del primero! Sin esperanzas ya, sin ilusiones, sin los sueños de felicidad para la Iglesia, que los habían alentado en la primera época, les era amarga la existencia, aun á la sombra del Vaticano. El Arzobispo de México, sobre todo, ya no aparecía como mártir de las inmunidades de la Iglesia, sino como víctima voluntaria de una Empresa que la Corte Romana había visto siempre con malos ojos, por ser el alma de ella Napoleón. La alegría de las fiestas del Centenario de San Pedro, que le había servido de pretexto para su viaje, se convirtió en dolor con la noticia de la catástrofe de Querétaro. El *væ victis* del Cerro de las Campanas repercutió en las Siete Colinas, y vino á herir profundamente al Prelado. Se creyó imposible su regreso á México, y aun se llegó á pensar en pedirle la renuncia del Arzobispado; atizando el fuego en este sentido aun alguno que le debía grandes favores y ha medrado después á su sombra. Llegó á parecerle mefítico el aire de aquella Roma que tanto amaba, y en compañía de su amigo y compañero de proscripción buscó consuelo bajo el risueño sol de Andalucía. Empeño vano. Presto regresó á la Ciudad Eterna, donde la tristeza aceleró la muerte



del Arzobispo de Michoacán, quedando el de México solo en aquel mundo.

Afortunadamente la convocación del Concilio Vaticano, comprendiendo al Sr. Labastida, como á todos los Obispos del Orbe, le hizo olvidar su destierro, y lo colocó en una posición normal aun á los ojos de aquellos que habrían deseado verlo destituido. Presto se vió rodeado de compatriotas; y pudo soñarse otra vez en México, cuando se veía presidiendo el grupo de los Prelados de Michoacán y Guadalajara, de Puebla, de Veracruz, de Oaxaca, de Chilapa, de Chiapas, de Zacatecas y de los clérigos que formaban su séquito. Ya fuese el desaliento que producen los desengaños, ya el temor que tiene de correr aun en lo llano, quien ha tropezado en terreno escabroso, no quiso en aquella grande asamblea representar otro papel, fuera del que necesariamente le competía como Arzobispo de una importante Metrópoli. Así es que ni lo vimos nunca pedir la palabra, ni acaudillar grupo alguno, ni tomar parte activa en las agitaciones que conmovieron al augusto Senado. Por el contrario, lo contemplamos con toda calma y aplomo trabajar en la comisión para asuntos de fe, de que formaba parte importante, opinar en todas las cuestiones de la manera más ortodoxa; resistir á las sugerencias del inquieto Obis-

po de Orleans, que quería atraer á su partido á los Prelados Latino-Americanos, y agregarse al número de los que pidieron desde el principio que se declarara el dogma de la Infalibilidad Pontificia.

La invasión de lo que aun quedaba al Papa de sus Estados, suspendió el Concilio; y aquella Roma antes tan pacífica y dulce, se convirtió en teatro de convulsiones y luchas que hicieron alejarse de sus profanados muros á la mayor parte de los Prelados, y entre ellos al de México. Afortunadamente las puertas de la patria se le abrían al mismo tiempo. El Presidente Juárez había concedido amplia amnistía; y aunque el antiguo Regente era de los pocos exceptuados, en breve se borró aun esta excepción, y se le llamó al seno de su Iglesia. El 12 de Mayo de 1871 pisaba de nuevo las playas de la patria.

## VI.

Que las consideraciones sociales de que disfrutó el Sr. Labastida en sus últimos años, y el nunca visto cortejo que lo acompañó á su última morada, no os hagan olvidar, Señores, la triste condición que guardaban hace veinte años la Iglesia mexicana en general, la Arquidióce-



si de México en particular y su recién amnistiado Pastor. Volvía éste á su grey, no como conquistador á quien esperan frescos laureles, sino como príncipe vencido, que torna á su Capital convertida por el triunfante enemigo en un montón de cenizas, y á quien sólo la fuerza de la disciplina y el temor de males mayores puede conservar á la cabeza de su desalentado ejército. No sólo á la vista del vencedor, sino bajo su hostil vigilancia, tenía que reedificar desde sus cimientos el arruinado Templo. No con rayos ni truenos, sino á fuerza de paciencia y de mansedumbre le era preciso reconquistar los perdidos corazones. Había pasado el tiempo de librar las batallas campales de otros días. Sólo con retiradas continuas, sin aventurar más que ligeras escaramuzas, y contemporizando, como Fabio Máximo, podía obtener el triunfo final en medio de tantos desastres. ¿Logró por completo su fin? ¿Podemos grabar sobre su tumba el mote del célebre Romano, *cunctando restituit*? Vamos á examinarlo brevemente.

Solía decir el Illmo. Sr. Labastida poco después de su regreso, que con excepción de la de Tamaulipas (que yo ceñía entonces) y de otra cuyo nombre no recuerdo, habría cambiado su propia mitra por la de cualquiera de sus colegas mexicanos. Aunque pronunciadas en tono

de broma, no había exageración en el fondo de estas palabras. Y sin embargo, muy presto empezó á mejorar su situación. El Presidente Juárez templó mucho sus antiguos rigores, y comenzó á interpretar sus propias leyes de una manera más benigna, que permitió respirar á la afligida Iglesia. El Prelado mexicano se aprovechó de esta templanza, y dió los primeros pasos en el camino de la reconstrucción.

¿Quién habría dicho, en los tiempos del Imperio, que el Regente había de llorar á su antiguo enemigo? Tal acaeció á la muerte del Presidente Juárez. ¿Á qué recordaros el ostracismo de tantas heroicas mexicanas consagradas á la beneficencia; á qué la destrucción de la selecta Universidad que en su reformado Seminario acababa de crear el Arzobispo; á qué renovar el dolor de tantos otros ataques contra la Iglesia, cuando ésta ya no lo esperaba, y sin que hubiera habido la más leve provocación? Sólo os haré notar la diferencia entre la táctica del Prelado en 1874 y en 1856 ó 1864. Callar era imposible; pero temiendo sin duda dejar correr la pluma como en la época de su episcopado en Puebla, ó en los tiempos de la Regencia ó del Emperador, encomendó la redacción de su protesta á un Obispo pacífico en extremo, retirado del mundo y de sus luchas, y cuya prudencia